

EVOCACIÓN DE MONSEÑOR CÁNDIDO GENARO RUBIOLO (1920-2004)
ARZOBISPO EMÉRITO DE MENDOZA (1979-1993)

Pbro. Omar Horacio Lorente
Sacerdote diocesano de Mendoza
6 de abril de 2004

Introducción

Agradezco la invitación que se me ha hecho para evocar la persona de Mons. Cándido Rubiolo en esta misa crismal del 2004.

Al hacerlo, queridos hermanos sacerdotes, les pido algo, con palabras de San Agustín:

*“Ojalá que el que esto leyere,
si comparte mis convicciones, conmigo avance;
si conmigo vacila, conmigo busque;
si un error suyo reconoce, lo confiese;
y si el error es mío, me lo haga saber.
Así haremos juntos el camino del amor,
Dirigiéndonos hacia Aquél de quien dice la Escritura:
Busquen continuamente su rostro (Salmo 104,4).”¹*

La reciente desaparición de nuestro obispo emérito nos ha dejado a quienes lo tuvimos por padre y amigo, una mezcla indescifrable de pena y alegría: pena de no tenerlo para estar y charlar con él; alegría de saber que ya participa de la comunión de los santos en el cielo.

Quiero dar mi testimonio, entonces, de haber conocido a un hombre bueno.

1. ¿Qué hace valioso a un hombre?

Si a un hombre se lo quiere calificar por lo que hace, o por sus obras materiales, siempre se corre el riesgo de ser parcial. Porque las conclusiones podrían moverse sólo en el campo del acierto o el error. Y casi siempre lo que se ve exteriormente es lo menos importante.

Podríamos decir de Rubiolo que llevó adelante el Congreso Mariano Nacional de 1980, o que reabrió el Seminario Mayor, cerrado desde hacía mucho tiempo; o que

¹ San Agustín, De Trinitate I,3.

recibió al Papa Juan Pablo II en una inolvidable tarde de abril de 1987. Podríamos hablar también de las cosas que no hizo, o de las cosas que algunos consideran que hizo mal. Pero eso solo para valorarlo, como dije, sería incompleto, y posiblemente injusto. Porque un hombre no es tan valioso por lo que construye u organiza, sino por lo que sucede allá adentro, en lo profundo de su corazón. Y eso casi siempre no se ve.

Quisiera entonces, en estas pocas líneas, cargadas de gratitud, evocar al sacerdote, al hombre que a su manera y según sus posibilidades nos mostró y nos enseñó la maravilla inefable del sacerdocio de Jesucristo.

Lo hago respondiendo a la reciente invitación del Papa Juan Pablo II.

*"Cada iglesia particular procurará... recordar... a los pastores que han dejado en el pueblo una huella especial de admiración y cariño por su vida santa y su preclara doctrina. Ellos son vigías espirituales que desde el cielo orientan el camino de la Iglesia peregrina en el tiempo"*²

2. Certeza de un llamado

No recuerdo haberle escuchado la historia de su propia vocación. Será quizás porque los sacerdotes sabemos que cuando queremos contarle a alguien que nos pregunta cómo fue que escuchamos el llamado de Dios, casi siempre nos quedamos con pocas palabras.

Y a medida que pasa el tiempo vamos objetivando más nuestros recuerdos y nos queda poco por relatar.

Cuando éramos más jóvenes, y alguien nos reclamaba una confidencia nos explayábamos en los detalles. Ahora, que somos menos jóvenes, sólo quedan pinceladas fundamentales, trazos que tal vez hagan casi incomprensible nuestra historia.

A Rubiolo no le escuché recuerdos de su vocación sacerdotal, pero me quedó algo grabado: su convicción de que Jesús lo había invitado a seguirlo en el sacerdocio ministerial. Cuando, como en su caso, los recuerdos fundamentales han quedado casi ocultos en el tiempo, lo que queda es la vida, lo que se transparenta sin palabras; porque ante el misterio del Dios que llama casi siempre nos quedamos mudos.

Cuando vemos a un cura que tiene esta certeza ante un servicio tan paradójico como es el del sacerdocio nos sentimos alentados, esperanzados, confirmados en

² Juan Pablo II. Exhortación apostólica postsinodal "Pastores gregis" sobre el Obispo, servidor del evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo. Roma, octubre de 2003. n.13d

que verdaderamente Él -siempre misterio- cuando entra en la vida de un hombre lo hace para siempre.

Todos nosotros sabemos que esta verdad, a la que hemos llegado después de fáciles o difíciles discernimientos, después de esclarecidos o confusos derroteros, es lo que sostiene el camino (a veces largo como fue el suyo) de un sacerdote. A ese "amor primero" retornamos, cuando se hace de noche en nuestras vidas y queremos re-enamorarnos de Aquél que se fijó en nosotros, y de lo que nos invitó a ser.

A Rubiolo, como a muchos de su generación aquí presentes para esta misa crismal, nos les ha sido fácil vivir el sacerdocio en un complicado siglo XX cuyos procesos históricos todavía no terminamos de asimilar. Los cambios del mundo, y sobre todo los cambios de la iglesia a partir del acontecimiento de gracia que fue el Concilio Vaticano II los situó ante una nueva configuración del sacerdocio ministerial. Intuyo que él y muchos como él pudieron campear las tormentas de afuera (las que produjo el fermento post-conciliar) y las de adentro (las invisibles, las que todo cura atraviesa casi sin que nadie lo sepa) apoyados en la incommovible esperanza de que habían entregado su ser entero al que los llamó; al Fiel, en quien tiene fundamento toda fidelidad creyente.

Por eso, y quizás antes que su conciencia vocacional haya que evocar otro rasgo no menos importante: su experiencia de fe.

3. Un hombre que creía en Dios

Fueron muchas las vicisitudes por las que tuvo que atravesar, no sólo como sacerdote y obispo en su Córdoba natal, sino también en los lugares donde la iglesia le pidió su servicio episcopal: La Rioja, en un momento político y social de mucha complejidad luego de la muerte de Mons. Enrique Angelelli; o en Villa María, donde estuvo poco tiempo y luego en Mendoza cuya sede tuvo que asumir por la repentina muerte de Mons. Maresma; o finalmente en San Rafael, donde le tocó asumir como Administrador apostólico, ante la grave enfermedad de Mons. Roldán, y además preparar la transición en la espera del nuevo obispo.

Todas estas situaciones son conocidas por nosotros. Me pregunté siempre qué habrá pasado por su cabeza y su corazón al ver que la iglesia lo llevaba a lugares donde no era nada fácil la organización ni el gobierno. Nunca se lo pregunté. Pero vi a un hombre que fuera donde fuera sabía que era Dios el que permitía esos destinos. Nunca le escuche una queja, o un lamento por lo que la Providencia ponía en su camino. Simplemente dijo "*sí, aquí estoy, envíame...*".

Considero necesario evocar este aspecto de su persona especialmente en estos momentos en que nuestra vida de fe está también amenazada por la increencia, el escepticismo y el olvido de Dios.

Nos tocan tiempos y desafíos diferentes a los que él vivió, pero no por eso para nosotros menos cruciales.

Si es verdad que un hombre vale por lo que es, aquí también me atrevo a decir que nuestra vida es valiosa sobre todo por la radicalidad de nuestra fe. Por eso hoy me animo a pedir para nosotros el don de creer y de creerLe a Dios, que de muchas maneras se nos hace contradictorio en nuestros caminos y espera nuestra respuesta.

En este punto quisiera recordar también su profundo amor a la Virgen. Todos recordamos que no terminaba una sola de sus homilias (según una antigua costumbre de los predicadores) sin invocarla, sin nombrarla, sin confiarle sus cosas y las de los destinatarios de sus palabras. “Ella”, como solía decir, seguramente lo ha recibido en las puertas de la Vida.

4. Un amigo, un padre

No sólo los sacerdotes, sino también muchos laicos y religiosos o religiosas, podrán confirmar lo que digo: Rubiolo hizo de la amistad un culto.

Recién llegado a Mendoza comenzó a cultivar vínculos que se mantuvieron aún después de haberse ido de nuestra diócesis. Me consta el aprecio que supo tener por mujeres y hombres de distintos estados de vida, y en distintas instancias de esas vidas. Su presencia en el camino de algunos ha sido determinante. Acogió con generosidad las grandezas y las miserias de los que le abrieron las puertas de sus hogares y de sus corazones. Amó a sus amigos y supo ayudarlos no sólo en sus necesidades espirituales, sino también materiales.

Y cuando estuvo lejos y se enteró que alguno de sus amigos pasaba por malos momentos no dudó en hablarles, escribirles o recurrir a otros amigos para que los ayudaran. Y cuando la ley de la vida se cumplió, lloró con serenidad y despidió con esperanza en la vida eterna a sus amigos que murieron.

Memoria. Eso tenía Rubiolo: memoria. No sólo porque era capaz de acordarse del nombre o de la historia de cualquier persona que conocía, sino porque no se olvidaba del amor recibido.

5. “Omnia in caritate”

“*Todo con amor*” era más que un lema episcopal: era una palabra inspiradora de su vida.

Tuvo amigos, pero tuvo también cerca y lejos personas que no lo quisieron. O dijeron que no lo querían. Para muchos fue un amigo intachable, y para otros sólo un hombre, un pastor que se equivocó sin parar. Pero nadie puede negar que procuró siempre hacer de su ministerio un verdadero “*Officium amoris*”. Amaba y

lo demostraba, ayudado seguramente por sus raíces gringas. Pero estimo que lo hacía sobre todo por una opción evangélica de vida.

Todos nosotros sabemos lo difícil que es conducir una comunidad. Lo sabe el obispo en la magnitud de la totalidad, y lo sabe cada cura en el lugar donde está. También nosotros tenemos nuestros amigos y nuestros detractores. También nosotros tenemos gente que nos ama... y de la otra.

Recordando hoy al que fue nuestro pastor, quisiera pedir para nosotros la capacidad de perdonar las ofensas que nos pudiéramos haber procurado unos a otros, y el coraje y la intrepidez que tienen los de corazón grande, para amar aún a aquellos que no los aman.

Muchos pudimos ver en Rubiolo lo que el Papa ha dicho a la iglesia:

*"Al practicar la caridad propia del ministerio pastoral recibido, el Obispo se convierte en signo de Cristo y adquiere la autoridad moral necesaria para que, en el ejercicio de la autoridad jurídica, incida eficazmente en su entorno. En efecto, si el oficio episcopal no se apoya en el testimonio de santidad manifestado en la caridad pastoral, en la humildad y en la sencillez de vida, acaba por reducirse a un papel casi exclusivamente funcional y pierde fatalmente credibilidad ante el clero y los fieles."*³

Quisiera destacar dos aspectos donde de una manera especial experimenté su pastoreo: el amor por los sacerdotes y el tiempo dedicado a la dirección espiritual.

Muchos de los aquí presentes fuimos ordenados por él. Quizás no todos tuvimos por él el mismo aprecio y la misma cercanía. Pero de lo que puedo dar testimonio es del modo en que supo comprometerse con la vida rota y herida de muchos presbíteros. No se pueden dar detalles, ni arrancar del secreto cada caso. Pero quienes vieron salvada su vocación y su ministerio compartirán lo que digo.

Como padre y pastor supo alentar y corregir. Y también supo pedir ayuda y consejo a sus curas. Así como era firme en muchas cosas, también era humilde a la hora de que le aclarara un asunto o una cuestión.

Por eso, y no tengo vergüenza al decirlo: me sentí querido por él, y me siento honrado de haberlo tenido como obispo, pero sobre todo como amigo.

El otro aspecto es del acompañamiento que supo hacer de muchas vidas. Sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos, seminaristas, fuimos beneficiados por sus orientaciones y consejos. Muchos, también, fueron los que experimentaron la misericordia y la compasión con que trató situaciones muy delicadas.

³ Juan Pablo II. Op.cit. n.11

Sabía de las cosas del espíritu, y del Espíritu. Pero sobre todo sabía, como buen discípulo de San Francisco de Sales, que a las personas, para poder guiarlas hace falta primero amarlas.

Amor al sacerdocio. Y amor a los hermanos sacerdotes. Ambos amores que hoy seremos invitados a renovar

6. Final

Tal vez en más de una oportunidad lo subestimamos por distintos motivos. Pero no podremos olvidar que fuimos beneficiarios de su caridad pastoral. Puede que alguien no haya recibido de él la palabra que esperaba, o considere que algunas decisiones fueron desacertadas. Como nos pasa a nosotros, que a veces no somos comprendidos, y a veces la comunidad nos reclama lo que no podemos o no sabemos dar.

Por eso ahora que Rubiolo no está ya con nosotros, los invito a brindarle el perdón y la comprensión que nos pidiera en su testamento.

Al llegar a la edad en que la iglesia le recomienda al obispo que presente su renuncia, no dudó en hacerlo. Quizás porque no se sentía imprescindible, y porque amaba a la iglesia, a esta iglesia “de los rostros” de Mendoza que sintió como suya, cuando se aproximó el ocaso se retiró sin estridencias, dejando lugar, dejando crecer, rezando y acompañando desde lejos. También lo debe haber hecho porque si había algo que estimaba de las personas, era la capacidad de saber retirarse a tiempo.

Termino con esta cita de la última exhortación apostólica ya citada:

“El testimonio de una vida espiritual y apostólica plenamente realizada sigue siendo hoy la gran prueba de la fuerza del Evangelio para transformar a las personas y comunidades, dando entrada en el mundo y en la historia a la santidad misma de Dios. Esto es también un motivo de esperanza, especialmente para las nuevas generaciones, que esperan de la Iglesia propuestas estimulantes en las cuales inspirarse para el compromiso de renovar en Cristo a la sociedad de nuestro tiempo.”⁴

Doy gracias a Dios por habérmelo prestado, y le doy gracias a usted, Don Cándido, por habernos hecho “un lugar en su corazón”.

⁴ Juan Pablo II. Op.cit. n.13d